

César Di Candia

ESCRITOR JULIO DA ROSA (1): EN MIS PAGOS HABÍA TORNEOS DE MENTIROsos

Habría que averiguar por qué en el campo no existen los homosexuales

Tenía diez años, vivía en un lugar casi inaccesible de una zona rural de Treinta y Tres, a un día de pata de caballo de la capital departamental, era casi un bicho, según su propia definición, recorría las sierras, mataba víboras, asistía a una escuela que quedaba a una legua y criaba zorriillos a mamadera. Su mundo eran los carpinchos, las nutrias, los perros, los pájaros, las mulitas, los gatos que perseguían y mataban a las cruceras. No obstante, igual que su padre y su madre, se hacía tiempo para leer todo lo que caía a su alcance, a la luz de unos velones de grasa y cera rudimentarios que eran elaborados en la propia casa.

●●●Continúa en página 2



Las lecturas constantes no le habían facilitado una buena mano para escribir y las redacciones que le mandaban de deberes se las tenían que hacer sus hermanas. Pero sabía montar, esquilar, alambrear, marcar y enlazar a la par de cualquier peón. Ningún indicio indicaba que en ese ambiente se estuviera gestando un escritor. Sin embargo veinticinco años después, Julio Da Rosa publicó un libro de cuentos al que llamó "Cuesta Arriba", iniciando una sorprendente carrera literaria que lo mantiene hoy a la cabeza de los narradores uruguayos enraizados en el interior del país.

A los ochenta años, visitado permanentemente por una nostalgia que le evoca la paz y la belleza de aquellos campos solitarios donde se crió, vive en un apartamento sobre la calle Manuel Pagola, manteniendo a raya con el calor a un enfisema provocado por el cigarrillo que lo tuvo a mal traer. Ha publicado veinte libros y uno de ellos, "Buscabichos" ha sido editado más de dos docenas de veces. Todavía no ha terminado de producir. En eso confiamos todos.

— **Hábleme de sus padres.**

— Mi padre era un paisano que salió de segundo año de escuela rural y que al final de su vida logró culturizarse y aprender por su cuenta literatura, filosofía y sobre todo historia. Era un lector infatigable. A veces suspendía su trabajo y se quedaba leyendo en el galpón. No era un hombre de campo, pero le gustaba mucho la agricultura y eso nos lo transmitió a nosotros. Esa tradición agraria le venía de su abuelo, don Cristino Da Rosa, un portugués que vino de Brasil, com-

pró un campo en costas del Porongo y allí plantó árboles. Era un gran fabricante de tahonas. ¿Sabe lo que son?

— **Molinos de harina. Todavía hay en campaña. No se mueven con la fuerza del agua sino tirados por un animal.**

— Salvó el examen (se ríe). Por el campo del viejo no había agua. De cualquier manera mi padre tenía poco campo, pero tuvo la suerte de casarse con una mujer rica. Lo que se decía entonces y se dice aún hoy, un "braguetazo" (se ríe). Papá trabajó de escribiente en una comisaría y él me contaba que el comisario que era muy arbitrario no lo dejaba leer. Con el tiempo llegó a ser Segundo y cuando llegó a comisario renunció. Se fue a un campito que le había dejado mi abuelo y trabajó como loco. Se casó, se fue a vivir a Rincón de Dávila donde nació yo y poco después se fue a un campo en la quinta sección de Treinta y Tres, en un lugar verdaderamente idílico, cerca de Isla Patrulla. La casa de la estancia era una pulpería del siglo pasado, con glorieta y rejas. El lugar estaba entre dos arroyos, el Avestruz Grande y el Avestruz Chico. Un paisaje precioso, con gente formidable.

— **"Mire que son pagos lindos / los de la quinta sección"**— dice el poema de Ruben Lena que cantan Los Olimareños. Y en otra parte define a la gente: **"Patria del sombrero aludo / bien aludo echao p'atrás"**.

Iba a caballo a una escuela rural que quedaba a una legua de casa, pero como allí no se enseñaba más que hasta tercero hice este año tres veces.

— El sombrero en general es inseparable del hombre de campo. El aludo lo llevaban a los lugares de esparcimiento. Lo común era un sombrero de ala chiquita quebrada adelante o la boina. En esa estancia estuvimos un año y medio y cuando se hizo la partición de la herencia de mi abuelo nos fuimos a Sierras del Yermal, que es la verdadera geografía de mi infancia. Esos son mis pagos. Allí transcurrió mi niñez y mi adolescencia. Iba a caballo a una escolita que estaba a una legua y después cuando mis hermanas entraron en edad escolar, ya íbamos en un carro de pértigo, pero el que iba montado en el caballo era siempre yo. ¿Sabe lo que llevábamos a la escuela de merienda? Chicharrones de cerdo en un bolsillo y maíz catete tostado en el otro. Recuerdo esas meriendas como algo delicioso. En ese establecimiento aprendí todo lo que debe saber un hombre de campo: desde enlazar a trenzar, desde esquilar a montar. Y también aprendí a elaborar yerba mate. Aquel era un lugar donde los árboles de yerba se criaban silvestres. También se pueden cultivar y eso fue lo que hicieron los jesuitas cuando los indios se les empezaron a escapar. Para atraerlos de nuevo plantaron yerba en las Misiones.

— **¿Cómo es esa yerba montaraz?**

— Muy amarga. Los indios la masticaban. La cultivada

es mucho más suave.

— **¿Y cómo se cultiva?**

— Muy fácil. La semilla antes caía prontita del tubo digestivo de los pájaros, porque la largaban sin corteza. Pero si no, hay que hacerles un tratamiento con soda y luego se hacen almácigos. Cuando crecen los arbolitos se plantan y a los cinco años ya dan hojas de yerba. Estas se cortan y se las somete a algo llamado sapecado que consiste en pasarlas por fuego rápidamente para que se les consuma el oxígeno. Luego se las lleva al horno para que pierdan toda la humedad y por último se las pisa con un mortero. Todavía hay gente por allá que elabora su propia yerba mate, mezclándola con la de paquete para hacerla más suave.

— **Cuando usted era diputado trató de impulsar el cultivo.**

— No sólo lo propuse sino que convidé a otros legisladores con mate cocido con yerba de allá.

— **¿Qué dijeron sus colegas?**

— Unos tomaban el asunto para la farra, pero a otros les gustó. Desde entonces ha habido varios intentos de cultivo pero ninguno en gran escala. Cuando subió Bordaberry a la presidencia, nombró a dos ingenieros agrónomos para que estudiaran el tema pero éstos informaron negativamente. Sin embargo uno de ellos está ahora muy empeñado en el cultivo.

— **¿Qué clima se precisa?**

— Bastante cálido, aunque no excepcionalmente. Hay que preservar los arbolitos de las heladas. También llevé a Wilson Ferreira cuando era Ministro de Ganadería y Agricultura,

pero a él no le entusiasmó la idea. Si habrá yerba guacha por allá que los arroyos se llaman "Yerbal Chico", "Yerbal Grande" y "Yerbalito".

—Vuelvo al maestro Lena: *"Esta milonga es milonga / y es de Sierras del Yerbal / me la contaron las grotas / y las piedras de afilar"*. ¿Qué son las grotas?

—La gente de allá le llama grotas a las grutas.

—Usted pintó su infancia en esos lugares en su novela *"Mundo Chico"*.

—Sí, pero esa novela la leyó poca gente.

—Tenía quinientas páginas, don Julio, usted no tiene piedad con los pobres lectores...

—Eso es verdad (se ríe). Mi infancia fue fantástica con las salvedades de lo duro de aquella vida: las heladas, las enfermedades, las víboras, el viento... Mi padre tenía mil quinientas cuerdas de modo que había muchos animales para parar rodeo y eso era lo que me gustaba. Pero debo confesar que me había vuelto casi bicho, como la mayoría de los vecinos. Había uno que tenía el mismo olfato de los perros. Así como usted lo oye. Se llamaba Mercedes Márquez. Olfateaba una cueva y sabía si había algún animal adentro. Yo tenía un instinto salvaje, montaraz, serrano. El campo era muy quebrado y tenía lugares inaccesibles, llenos de víboras. Había cruces aunque no de cascabel. En la Quebrada de los Cuervos que estaba a dos leguas de casa, había de cascabel a patadas. Estas, las de cruz y las de coral son mortales. Cuando se encontraba alguna víbora dentro de las casas y cundía el pánico, se quemaban guampas de vaca

ARCHIVO JULIO DAROSA



TRECE AÑOS. Hasta ese momento las redacciones de la escuela rural de Sierras del Yerbal, se las hacían sus hermanas.



ESCUELA RURAL.

*Aquí cursó hasta tercer año.
Cuarto, quinto y sexto los hizo
a la par de repetir tercero.*

porque se decía que el humo las ahuyentaba. Pero esto nunca lo pude comprobar.

—¿Encontraron alguna crucera dentro de su casa?

—Sí señor, debajo de una barrica de yerba. La gente que había ocupado esa casa antes era muy descuidada y las víboras entraban saludando (se ríe). Lo primero que hizo mi padre fue traer gatos porque éstos las persiguen y las pelean.

—Usted era muy bichero.

—Sí, pero en casa no me lo facilitaban porque los animalitos son una distracción muy grande para quienes

tienen que trabajar en el campo. Crié teruteros, crié un cuervo que me lo mató mi hermana a raíz de un baño que le dio, hasta tuve zorrillos que me seguían como perros. A los zorrillos chiquitos se les da mamadera y toman igual que un niño. Y si los mima y los trata bien, acaban por atrofiarse de esa glándula que les hace echar un líquido maloliente cuando se sienten atacados. Pero los verdaderos amigos míos eran los caballos y los perros. Tuve uno llamado *Tango* que era casi humano.

Cuando voy a dar charlas a las escuelas les digo a los gurises que tomábamos mate juntos (se ríe).

—Siga hablándome de la época en que era usted el que iba a la escuela.

—Mi escuelita era una construcción de piedra que quedaba bien en lo alto de

un cerro y donde permanecíamos siete horas. Pero en aquellos años y ahora en muchos lados también, había sólo hasta tercero. De modo que hice cuarto y quinto en el mismo salón, con la poca atención que nos podía prestar el mismo maestro. Después esa per-

Siempre fui bichero. En casa tenía zorrillitos que criaba a mamadera. Si se les mima, las glándulas que largan mal olor se les atrofian.



ARCHIVO JULIO DAROSA

sona me preparó para entrar al liceo. Lo bueno de la escuelita era que tenía una linda biblioteca y yo me llevaba libros para casa que leía a la luz de las velas que nosotros mismos fabricábamos de manera muy rudimentaria.

—¿Cómo las hacían?

—Se preparaba una tinaja con sebo y cera. Luego se colgaban unas piolas o unas tiras finas de género de un palo horizontal, las que iban a servir de pabilos. Cuando aquella mezcla estaba caliente, se introducían en aquello y no se sacaban

hasta que endurecían. Se procedía así varias veces para que fueran tomando cuerpo. Y también hacíamos jabón, con carne y grasa de animales que no se comían, a la que se agregaba un producto llamado "Eas" que seguramente tenía soda cáustica. Luego había que revolver aquello durante horas encima del fuego hasta que tomaba una consistencia especial. Se dejaba enfriar y se cortaba. Era jabón animal y daba buen resultado. Nuestra ropa siempre se lavó con eso.

—¿Cuáles eran los espar-

cimientos de la familia?

—Los gurises nos divertíamos en el campo. En la escuela se jugaba a "la batalla". Tocar a un rival equivalía a hacerlo prisionero. Y las gurisas jugaban al "Martín Pescador" y a "Andelito de oro". Eran costumbres del campo.

—En mi barrio también se jugaba. Y hasta el día de hoy he podido saber lo que era un andelito.

—Yo tampoco. En Treinta y Tres había uno al que le decían "el loco andelito" porque se pasaba tocando esa música con una armónica.

—¿Y las diversiones de los adultos?

—Las pencas apasionaban a mucha gente. Y los domingos eran días de visitas rigurosas, sobre todo para las mujeres. Los hombres iban ese día al boliche a hacer surtido, a jugar al truco o a la taba, a tomar sus cañiflas y créame, muchas veces a mentir.

—Acláremelo.

—Bueno... se hacían verdaderos torneos de mentirosos. Había algunos que eran verdaderos maestros, unos narradores orales formidables. No es que se creyeran los cuentos, mentían por jugar, por deporte intelectual. Inventaban las mentiras y las interpretaban a la perfección. Había un paisano que era un actor. Impostaba la voz, hacía silencios para armar el cigarrito, bebía un trago para darle suspenso a su cuento... Se llamaba Braulio Cerrón. Hay uno que me quedó grabado y que lo voy a repetir con los regionalismos de rigor aunque algunos intelectuales se enojen, porque ya lo he narrado en otro reportaje. "Un día estaba tomando mate en las casas cuando vi que unas

ovejas me estaban destrozando el maizal. Me subí de un salto a mi mancarrón y arranqué p'al potrero. Al verme, ellas juyeron a un monte de talas muy cerrado. Las junté como pude y cuando volví pa mi rancho, mi mujer que pregunta: "¿Qué te pasa en el ojo?" Me miré a un espejo y vi que lo había perdido. Tenía el ujero, nomás. Corrí al monte a ver si lo hallaba y tuve tanta suerte que lo encontré colgado de una ramita. El loco estaba pestañando lo más Pancho como si no le hubiera pasau nada. Me lo coloqué y hasta el día de hoy siguió en su sitio."

—Digno del libro "Veinte mentiras de verdad" de su coterráneo el maestro Obaldía.

—Hay muchos que han tomado esa veta de los cuentos fantasiosos de la campaña. Don Serafín J. García en sus "Cuentitos Fogoneros", Wimpi con los "Cuentos del viejo Varela"...

—Y el mismo Julio César Castro, que les ha dado una vuelta más cercana al surrealismo.

—Sí señor. Y todos han sido muy efectivos. Es una tradición nacional.

—Usted me cuenta las buenas, pero en ese lugar de sierra del Yermal, a sesenta kilómetros de Treinta y Tres por malos caminos, debían ser muchas las complicaciones.

—Aquel era un lugar muy incomunicado. Para llegar a Treinta y Tres a pata de caballo se precisaba un día entero. Nosotros teníamos un carruaje tirado por dos caballos que eran cambiados a mitad de camino. Y ahí marchaba toda la familia. Pero se salía de mañana temprano y se llegaba de noche. Para comunicarnos con la capital

departamental, teníamos que caminar cuatro leguas hasta la comisaría más cercana y tratar de hablar por teléfono desde allí. Y siempre había demoras de varias horas.

—¿Y qué pasaba cuando un niño se enfermaba?

—Cuando tenía trece años todos los hermanos nos enfermamos de difteria y a mí fue a quien atacó más fuerte. Me llevaron de urgencia al hospital de Treinta y Tres, casi agonizante. Recién había aparecido un remedio alemán contra esa enfermedad que se aplicaba mediante inyecciones y que estaba medio en vías de experimentación. Me dieron una dosis muy fuerte y a los tres meses quedé totalmente parálítico. Empezó con la lengua, descendió y terminó en las piernas. Con el tiempo, volví a la normalidad. Tuve suerte porque otra muchacha se murió.

—Una vez me contó que se había fracturado y un vecino lo había "curado".

—Un día iba con el carro que ya le mencioné cargado de zapallos y al pasar una cañada el caballo resbaló en una piedra plana, cayó y me apretó el pie contra el pértigo. Nunca sentí mayor dolor en mi vida. Un viejo vecino que decía saber me bañó con salmuera y me entablilló. Me quedó torcido para toda la vida. Siempre recetaba compresas con agua fría. Era un hereje sin escrúpulos. Mi abuelo también "curaba". En la familia se contaba que una señora que vivía en el fondo de su campo había intentado suicidarse abriéndose el vientre con un cuchillo. No logró matarse, pero se le salieron los intestinos. Entonces mi abuelo se los

metió para adentro con la mano, cortó con una tijera algo que le había quedado sobrando y después la cosió con aguja de enfardar. El asunto fue que la vieja se salvó (se ríe).

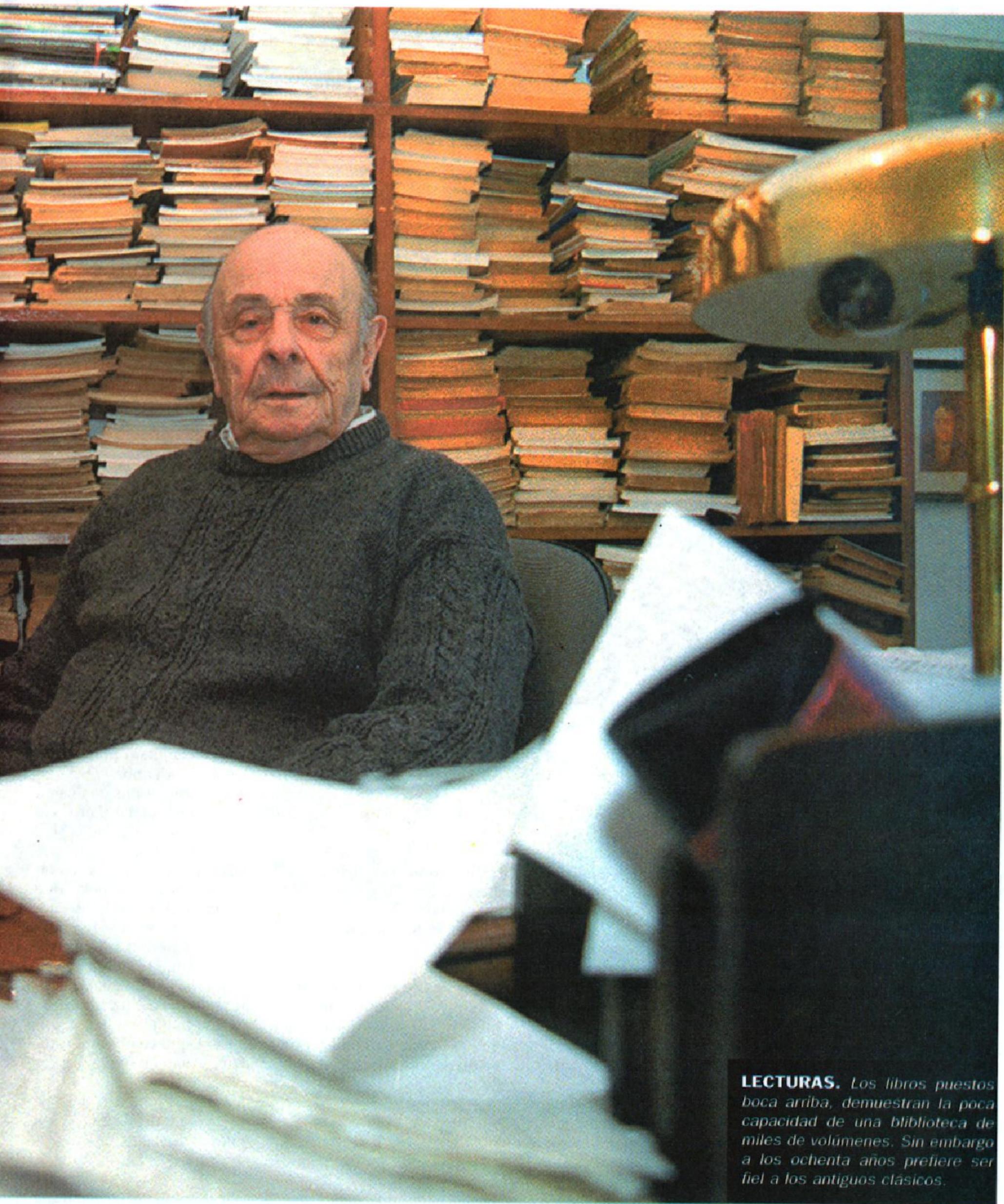
—¿Su abuelo se habrá lavado las manos para operar?

—¡Vaya uno a saber! Y había otro vecino llamado don Félix que se decía que sanaba porque en su casa había libros de medicina. Pero el anterior, el que me dejó el pie torcido, curaba todo con una loción anti-reumática llamada *Frisal* que se frotaba por el cuerpo. En la prensa salía un dibujo con un versito que decía: "Y don Frisal inclinado / dice lleno de optimismo / saltá que tu reumatismo / ya lo tengo liquidado." (se ríe a carcajadas). Bueno, el viejo ese usaba el *Frisal* como si fuera un tónico. Un día se lo dio a tomar a un gurí y casi lo mató de la intoxicación.

—¿Y don Félix era por el estilo?

—No sé si no era peor. Un día lo consultó un paisano porque su hija había llegado a la adolescencia y estaba medio rebelde. Y don Félix le dio esta receta: una paliza por día durante una semana, después paños fríos hasta que se cure y por último penitencia. Decía que esta fórmula no podía fallar (se ríe). Aquella zona estaba muy atrasada. A mi madre la atendió en dos partos una partera llamada doña Guillermina. Yo la iba a buscar con un caballo de tiro. En una ocasión a mi madre le vinieron los dolores una madrugada y como no había tenido ningún síntoma anterior, no habíamos dejado ningún caballo cerca.





LECTURAS. Los libros puestos boca arriba, demuestran la poca capacidad de una biblioteca de miles de volúmenes. Sin embargo a los ochenta años prefiere ser fiel a los antiguos clásicos.



PROLIFICO. Con más de veinte títulos publicados, el treintaitresino Julio Da Rosa es uno de los grandes de la literatura nacional

Tuve que ir al potrero, traer al animal y ensillarlo. Pero tenía que cruzar de noche el paso de un arroyo que los vecinos decían que estaba "asombrado".

—Aclarémosle a muchos lectores poco vinculados al interior, que en campaña se les llama "asombrados" a los lugares donde se cuenta que hay espíritus o fantasmas.

—El asunto es que yo tenía un julepe que ni le cuento. Y al pasar por ese lugar, el caballo que llevaba de tiro se me soltó y regresó corriendo a las casas. Freud podría explicar ese episodio. Cuando logré traer a la patera, mi hermana ya había nacido atendida por mi padre. Eso de cortar el ombligo y atárselo es una

cosa muy común. Afuera todos lo saben hacer. Y ya que hablamos de esto aprovecho para hablar del tema sexual del niño del campo. Los chicos criados afuera son animalistas. Se desahogan con las terneras, las yeguas y las chanchas. Y acuérdesese de esta reflexión que siempre hice y se ha confirmado: en el campo nunca hubo homosexuales. Casi no se conocen. ¿Y eso por qué? Porque los muchachos ya de jovencitos, satisfacían su sexo. Yo fui uno de los que practicó la zoofilia.

—No estoy seguro que de esa práctica se pueda sacar alguna conclusión válida acerca del homosexualismo.

—¿Cuántas veces el homosexualismo es conse-

cuencia de la falta de ejercicio sexual?

—¿Será?

—A mí me da por pensar que sí.

—Que conste que en estas honduras usted se metió solito. Yo no le tiré de la lengua.

—Ya lo he escrito en otro lado.

—Presumo que va a haber muchas respuestas. Vamos a otro tema que me interesa: el asombro con que habrá escuchado por primera vez una audición de radio.

—Eso fue en la ciudad de Treinta y Tres. Yo paraba en la casa de una maestra hermana de mi padre y ella tenía una radio. Nuestro padre había ido antes y nos

lo había contado pero nosotros no podíamos creer que saliera música por una cajita que se enchufaba. Pero allá fui y casi me caigo de la sorpresa. La radio se prendía para el vecindario. Y como estaba en una escuela, que era un lugar público, los vecinos se arrimaban a escuchar música y partidos de fútbol. No le miento si le digo que en toda la ciudad había apenas tres radios. Le estoy hablando del año treinta o antes.

—¿A qué edad fue a estudiar a Treinta y Tres?

—En el año 33 y ya de entrada me topé con el Golpe de Estado de Terra. Y ahí empezó mi segunda vida.

Próxima semana,
última nota.